

## TIPOS ORIGINALES.

## El enamorado.

La mejor ocupacion del hombre en este valle de lágrimas es estar *enamorado*, dice uno por lo menos veinte veces al dia, si desgraciadamente se encuentra en aquel estado de la vida en el que por haberlo tocado todo, de todo se fastidia. Qué cosa en el mundo puede compararse á la dicha de contemplar unos ojos negros que nos miran con amor? Verdaderamente que es delicioso soñar con una hermosa querida, hablar á cada momento de ella, colocarse en las primeras horas de la noche debajo de su ventana para ver su sombra al través de los vidrios en las paredes de la habitacion, seguir en la oscuridad su flotante vestido por los rodeos de una tortuosa calle, mirarla todos los dias en la tertulia, en el paseo, en el teatro, en la iglesia, en casa, en todas partes y conjugar á sotto voce con ella todos los tiempos y personas del verbo amo, amas, amare. Oh! el que no ha saboreado tan encantadora situacion bien puede decir que ignora lo que es bueno. Pero quién de mis amados lectores se habrá visto en semejante caso? Comprendo muy bien el subido precio que en este siglo de hierro se dá á los amores fantásticos de la edad media; y así me figuro que cada quisque habrá tenido sus ocho lindas queridas, mitad románticas, mitad clásicas; que habrá sido engañado por unas y despreciado por otras. El que menos habrá cogido frecuentes resfriados por suspirar al pié de una reja en las heladas noches de invierno, y habrá encontrado diversion para muchos dias, si la señora de sus pensamientos tuvo la finísima atencion de regalarle un elegante rival. Ya os oigo, hermosas niñas, pero no temais: no descargará sobre vosotras la tormenta. A pesar de que he sufrido por mi mal lo que acabo de decir y mucho mas aun que guardo en silencio, no me he desengañado todavía y confieso mi flaqueza: de dia en dia descubro en vosotras nuevos encantos, os amo con toda mi alma y no desperdicio jamas cuantas ocasiones se me presentan de manifestaroslo; pero dejémonos de exordios y vamos al asunto.

Hay en el mundo un ser que se diferencia de todos los demas seres por su encontrado

Tomo 1.º = Núm. 56.

y extravagante caracter: es creyente, esclavo, idólatra y supersticioso, inconstante y mudable como una veleta, pesado é indeciso en sus resoluciones como un avaro; hora está alegre, luego melancólico; poco despues pácifico, mas tarde reñidor, algunas veces tranquilo, las mas desesperado: este ser, eterno perseguidor del amigo condescendiente, verdadero gusano que le roe las entrañas, esté ser que abunda en todas partes y que cualquiera habrá tenido lugar de conocer entre el infinito número de amigos y compañeros adquiridos durante su vida, es el *enamorado*. Y no me digáis que exagero sus cualidades: dos palabritas mas y veremos si tengo razon.

El *enamorado* es jóven, bien formado, de rostro pálido, con tintas melancólicas y lánguido mirar; facha de poeta: habla muy poco y siempre de una misma cosa; jamas se rie de corazon, pero si alguna vez en fuerza de la simpatía deja escapar una ligera sonrisa no por eso desaparece de sus facciones la sombra continua de tristeza: va vestido elegantemente aunque con descuido, y en el arreglo de su persona, modales y maneras gasta un prolijo esmero como que estas dotes son los únicos caballos de batalla.

El *enamorado* tiene siempre un amigo que le acompañe á todas partes y condescienda á todos sus caprichos: el *enamorado* visita todos los dias al amigo y no le deja sosegar ni un minuto. Si por casualidad se encuentra con él en la calle, le abraza y le saluda con los dulcísimos epitetos de „mi fiel amigo „mi protector.“ Por decontado, que el amigo desde el primer dia administra los relevantes encargos de confidente, consejero y mediador: si el *enamorado* llora sus cuitas, no tiene que pensar en reirse el amigo, por mas que sienta deseos de hacerlo con toda su alma: este seria un delito imperdonable de lesa amistad quejumbrosa.

No busqueis al *enamorado* en su casa por que no le hallareis; permanece muy pocos momentos, y eso en aquella hora de la noche en la que los gallos cantan y los serenos se duermen: buscadlo mas bien en casa del amigo. Tampoco lo encontrareis en los paseos

Domingo 5 de Enero de 1844.

públicos sino muy raras veces, pero en cambio le hallareis recorriendo continuamente de un extremo á otro la calle que encierra su tesoro, sin arredrarle ni el mucho frío ni el mucho calor. Vereis que por lo regular tiene horas fijas para su paseo cotidiano, y siempre lo hace reclinado muellemente en el brazo del amigo. Si por casualidad distingue á su hermosa detras de la vidriera, inclinada sobre el bastidor, ó leyendo algún cuadernito de *forro amarillo*, ya tiene el amigo conversacion para todo el dia: acercaos entonces y no llevareis la menor parte. Si quereis volver de noche por la misma calle hallareis en ella dos embozados, al pié de una reja el uno, recostado en la esquina inmediata el otro: observad un momento y conoceréis en el enagenamiento del de la reja y en la impaciencia del de la esquina al amigo y al *enamorado*.

Pocos círculos brillantes tienen la honra de contar en su seno al *enamorado*, porque la escogida Sociedad no es lo que mas le acomoda: únicamente se le vé en ellos cuando se promete, segun él dice, *momentos venturosos*. Si acontece por casualidad, se coloca en un rincon de la sala, habla poco y se distrae con frecuencia: un nombre pronunciado al acaso le sonroja: si le dirigen la palabra, contesta atropelladamente y dice una cosa por otra, pero en tratándose del amor despliega sus facultades y saca á relucir todo su talento: entonces es cuando tomando parte en la conversacion general habla con calor y con entusiasmo á guisa de tribuno popular: tampoco se coloca al lado de su querida aunque tenga ocasiones para ello, porque no quiere prestar materia con una indiscrecion á la *chimografía doméstica*, ademas de que en semejantes casos está el amigo encargado de depositar en *madama* sus apasionados sentimientos. El *enamorado* no juega ni baila, porque el juego y el baile son diversiones muy violentas, trastornan la cabeza y acarrean disgustos: solo para evitar un compromiso toma parte en ellas de vez en cuando, eligiendo siempre para la última la señora mas anciana de la reunion.

El *enamorado* tiene un gusto exquisito en música y poesía, dará con el mayor placer su elegante equipage por una Oriental de Victor Hugo ó por una cavatina de Donizzetti. Nada empero le arrebatara tanto como los dramas franceses: en ellos ve su misma persona, su mismo corazon, sus mismos sentimientos, así es que no perderá una de sus representaciones por cuanto hay en el mundo. Oh! no es esto

lo peor, el *enamorado* quiere hablar en verso porque el amor habla así, porque la prosa es demasiado trivial y plebeya: hace mil esfuerzos y no atina con el secreto de una redondilla. De quien echar mano? Dios preserve entonces al amigo de malas tentaciones; si desgraciadamente le ha dado por ser poeta, ya puede echarse en remojo, no vivirá con sosiego en muchos dias. Ahí está un *album* para llenarlo de acrósticos y letrillas: ese *targetero* necesita un recuerdo, luego le pide una composicion para *ella*; mas adelante veinte composiciones, y siempre versos, y siempre el amigo desesperado, haciendo esfuerzos por cantar lo que no siente. Y cuenta que no hay disculpa, que no le servirá manifestar las dificultades inmensas que necesita improvisar tan solo un hemistiquio, si de antemano no se está poseído de lo que se va á decir. No señor, el *enamorado* atropella por todo, no hay para el inconvenientes: es amigo y tiene franqueza para sofocar al poeta con sus exigencias. Pues aun no he dicho nada: si el amigo es filarmónico y posee mal ó bien un instrumento, cada tres noches tiene una serenata en que lucir con libertad sus talentos músicos. Oh! el *enamorado* especula como un judío de Liorna: qué dia tan terrible el que precede á tan hermosa noche! el *enamorado* no come, está inquieto como un azogado, da mas paseos que los de costumbre por la calle de su querida, pregunta á todo el mundo quienes son los mejores músicos, corre apresuradamente á buscarlos, dispone el mismo la ponchada, se agita, se ahoga y por fin lo arregla todo. Dos horas antes de la solemne ceremonia se encuentra en su habitacion una reducida comparsa con el amigo á la cabeza; la orquesta en miniatura. El *enamorado* salta de gozo, abraza uno tras otro á todos los músicos y manda ensayar algo de la Norma, porque la Norma es el spartito de los amantes; y alguno que otro vals sentido y de jaleo, que se tocó en ciertas máscaras, y encierra muy preciosos recuerdos. *Bravisimo*, esto es magnífico: el amigo sigue el compas rechinando los dientes y dando patadas de rabia, pero de nada le sirve porque el *enamorado* no entiende de indirectas: es de presumir que aquella serenata concluya como casi todas á garrotazos; pero eso no importa; el *enamorado* es valiente, y si no, lo sufre todo con paciencia en obsequio de su *bella*: y en realidad, qué puede importar al *enamorado* el que un celoso reúna tres ó cuatro de su calaña, y se dirija con ellos al lugar del concierto, y que allí, sin encomendarse á Dios ni

al diablo, descargue sobre los malhadados músicos sendos palos ó piedras de á libra? Qué le puede importar el que los instrumentos rueden por el suelo hechos pedazos, y los músicos pongan pies en polvorosa, si le queda su único, su inseparable amigo, y ha logrado dirigir cuatro palabras de ternura á la hermosa de sus pensamientos? Y finalmente, qué le puede importar el ser detenido en sus dulces coloquios por la brusca interpelacion de una pedrada, teniendo un amigo que sabrá pedir satisfaccion del agravio? Oh! el *enamorado* es insufrible en alto grado, es un apéndice, una segunda edicion del *fastidioso*.

El *enamorado* acude con religioso entusiasmo á la iglesia todos los dias de fiesta, y será capaz de oír con paciencia una misa de tres en ringle con su correspondiente sermón de dos horas y demas adminiculos, si llega á distinguir entre la multitud de devotas á la nazarena que le domina. Afirmando en una columna desde donde pueda mirarla á su placer, no hay fuerzas humanas que logren distraerle: bien puede el amigo desesperarse, tirarle del frac, y en último recurso encomendarse á todos los santos de la corte celestial, que no por eso conseguirá arrancarlo del sitio que ocupa. Terminada la función, el *enamorado* se dirige á la puerta de la iglesia para ver desfilar la gente: entonces aparece indeciso y anhelante: toda su existencia se traslada á los ojos, hasta que descubriendo una velada, la misma que tanto le enagena, oprime el brazo del amigo y se lanza en pos de la ligera beldad, cruzando calles y mas calles.

Pero si por una fatalidad la querida del *enamorado* se ausenta, el amigo apura las heces del caliz amargo: ya no le habla de sus dichas de ayer ni de sus proyectos para mañana: ya no le propone serenatas de lujo ni expediciones nocturnas, pero en cambio le tiene desde muy temprano á la cabecera de su cama, para no separarse de él en todo el dia. La escena muda de lugar, pero no de personas: si sale á paseo, es por la parte que acostunibraba ejecutarlo su tormento, aunque la gente de tono se dirija por otro sitio, recorre como antes la tan sabida y temible calle, visita de nuevo las Iglesias sin ser de obligacion; porque el *enamorado* necesita respirar en los mismos lugares que su bella lo hizo: llora y maldice su existencia aborrecida, y el amigo lleno de unción y caridad tiene que consolarle. Los dias de correo se halla el *enamorado* á la puerta de la Administracion con dos horas de ventaja; y es envano que el ami-

go le advierta el mal estado del tiempo y el disparate que comete en esperar: á todo conteste muy patéticamente *que por Dios no le abandone*; en esta situacion es muy fácil que el *enamorado* caiga enfermo, oh! paciencia de Job; ya puede el amigo trasladar el domicilio á su cabecera porque el *enamorado* le quiere ver á cada momento, porque ha menester de sus consejos mas que nunca, porque tiene que decirle muchas cosas interesantes, porque no quiere las medicinas sino de su mano, porque tiene que desocupar su correspondencia secreta. Aquí es donde se necesita un valor heroico: esta carta es muy fria, otra, mas fuego, otra, tambien es débil, y se rompe aquella y se rompen mil hasta que el amigo acierta con una que es del gusto del *enamorado*.

Y no habra esperanza de consuelo para el amigo? serán en adelante así todos los *enamorados*? Locura sería decir á Dios *no creerás*; pero entretanto el que sufre se queja y no halla remedio. Sirvame por si acaso este pequeño desahogo de descuento en mis muchos malos ratos, pasados y por pasar siendo *amigo del enamorado*.

F. S.

---

## POESIA.

---

### La venganza.

Ahora que tu, señora,  
te ves en mi rigor abandonada  
á pena destructora  
viéndote despreciada  
piedad en vano tu pasión me implora.

Acuerdate del día  
que rendido á tus pies te suplicaba  
con amante porfía:  
y el dolor que mostraba,  
ni siquiera tu pecho conmovía.

Ativa me miraste  
con imperiosa faz, y con desprecio  
de mi amor te hurlaste;  
y, llamándome necio,  
á mi negra aflicción me abandonaste.

Sufre, tirana, el yugo,  
que yo por tu rigor he padecido:  
y ya que al cielo plago,  
ni te presto hoy oído,  
ni el triste llanto de tu amor eujugo.

Consuelete la pena  
que yo en largas vigiliás he llorado,  
cuando de orgullo llena  
me ataste, desdichado,  
de dura esclavitud á la cadena.

Busca con tierno ruego  
la sincera pasión que en mí has perdido  
en otro amante ciego  
y menos ofendido;  
que yo al castigo de tu error te entrego.

Si la benigna suerte  
mi aciaga obstinación sacó del pecho,  
no te quejes en verte,  
puesto que tu lo has hecho,  
tan despreciada por mí encono fuerte.

Si afable mi querrela  
en tiempos más felices escucharas  
de su falaz centella  
el rigor no llorarás  
ni llegara yo nunca á aborrecella.

Jamás fui vengativo  
ni viera con placer el mal ajeno;  
mas el recuerdo vivo  
de aquel fiero veneno  
ante tu humillación me torna altivo

No esperes ¡ay! ahora  
amorosa afición (del que injuriaste  
sin motivo, Leonora;  
que tu su amor tornaste  
en esta indignación tan vengadora;

J. G. B.



## ZARAGOZA SAGRADA.

Esta ciudad celebrada en todos los fastos de su historia por su antigüedad, privilegios, y amenidad de su terreno, y enriquecida con todas las bellezas más encantadoras de la naturaleza, lo es todavía más, se presenta sin comparación más gloriosa, más admirable por los dones de la gracia, por los tesoros, y bienes celestiales que encierra en el recinto de sus muros. Zaragoza en lo político, en lo militar, en la elegancia de sus casas y palacios fue una colonia grandiosa en los tiempos de Augusto; en los siglos posteriores los godos, los moros, y los Reyes de Aragón establecieron en ella sus tronos; pero si la miramos en cuanto á lo sagrado, espiritual, y religioso, la admiraremos como la primera, la preferida entre todas las ciudades del mundo para plantar en su suelo el árbol magestuoso de la fe, para sembrar en su fructífero terreno la semilla preciosa del Evangelio, para levantar el primer templo á la Reina de los cielos y de la tierra, viviendo aun esta Señora en carne mortal. Con efecto, no hay para que disputar á Zaragoza esta gloria inaccesible, esta prerrogativa singular, que la embellece, y hermosa más que todos los trofeos victoriosos, más que todos los timbres guerreros, y más que todas las glorias del mundo. La predicación de Santiago en esta ciudad augusta que produjo los primeros discípulos de la fe, y la venida de María á establecer su trono sobre una columna, son hechos tan plausibles, que forman la época más gloriosa en los anales del mundo católico; son acontecimientos tan inconcusos, y de una autenticidad tan marcada, que no serán bastante á derrocar toda la crítica, emulación, y mordacidad más refinadas de las plumas extranjeras.

Al ocuparnos pues de las antigüedades sagradas de Zaragoza; qué campo tan dilatado se ofrece á nuestra consideración! qué de grandezas, preeminencias y singularidades presenta en todos y cada uno de los siglos del cristianismo! Recórrase ligeramente cualquiera de ellos: desenvuélvase las páginas de su historia, analícense sus tradiciones venerandas, y darán por resultado á nuestras tareas cosas tan extraordinarias y admirables, que no seremos bastantes á ponderar.

Nos ocuparemos pues en este artículo del Sto. templo de Nuestra Señora del Pilar, monumento indestructible que la piedad de los zaragozanos consagró á su protectora y dulce madre, como un testimonio irrefragable de su más generosa gratitud. Este templo en su estado actual presenta tal conjunto de hermosura suntuosidad, y magnificencia, que es uno de los que más hermosean el genio español: y Herrera al trazar el plan de esta obra grandiosa dejó bien acreditados su reputación y su nombre. Pero subamos más arriba á otras épocas remotas.

El Apóstol Santiago había edificado con el auxilio de sus siete convertidos una pequeña capilla, que sirviese de tabernáculo al sagrado Pilar: las supersticiones del gentilismo emudecieron, y lejos de impedirlo, abrieron paso libre á este primer monumento de la Religión, á esta cuna del cristianismo naciente. Entre los soberbios palacios de Augusto, entre las cúpulas doradas de Zaragoza idólatra, se levantó glorioso un pequeño templo á la madre del Dios verdadero, más precioso en su misma pequenez; que las altas torres de Roma, y que todos los suntuosos alcázares de la Grecia. Solo un espacio de diez y seis pasos de longitud con ocho de latitud formaba todas las dimensiones de aquella fábrica, porque no se trató de otra cosa, que de proporcionar luego un santuario, que encerrase en su recinto aquella imagen celestial colocada sobre el angélico Pilar. Pero aumentándose luego los fieles con asombrosa rapidez; y con ellos el respeto más cordial, los religiosos cultos, y la tierna gratitud á María del Pilar; se engrandeció seguramente el templo consagrado á su nombre, antes del siglo tercero de la era cristiana: y aunque no es fácil marcar la época fija en que se ampliase la fábrica de esta primera iglesia del cristianismo (por falta de otros documentos en la materia) parece debió tener lugar en el siglo segundo, indicándolo así dos lápidas sepulcrales de un Levita llamado Laurencio, y de doce Presbíteros enterrados en diferentes lugares, y después colocados sus huesos bajo un mismo sepulcro en la Santa Capilla, por los años 196. Estas dos lápidas sepulcrales se conservaban no hace muchos años, y acreditan haber tenido ya en aquel tiempo alguna dilatación el templo, cuando permitía servir de enterratorio á los sacerdotes. Por otra parte, hacia los años 284 sufrió Zaragoza la más cruel y espantosa persecución de Diocleciano, que envió por presidente á esta ciudad al sanguinario Daciano. Sin que sea fácil averiguar el número de habitantes que tendría entonces Zaragoza, lo cierto es, que su mayor parte se habían alistado ya en las gloriosas banderas del Pilar de María, porque fueron innumerables los que sellaron con su sangre el testimonio de la fe, que habían bebido en aquellas fuentes saludables del alcázar de María: y siendo tantos los cristianos ya en aquel tiempo; parece debió ampliarse en proporción el templo, para que les fuese fácil satisfacer su piedad y devoción para con su dulce Madre. Lo que consta de testimonios irrecusables es, que sin embar-

go de las persecuciones tan sangrientas, y de los embates violentísimos que afligieron al cristianismo en aquella época, nunca faltó el culto, la veneración y afluencia de fieles en las aras de María Santísima del Pilar. Pero restituida la paz á la iglesia por el gran emperador Constantino á principios del siglo cuarto, constituido aquel príncipe cristiano protector piadoso y amplificador magnánimo del cristianismo, presto recobraron los templos su antigua grandeza con mayores brillos, erigiéndose tantos de nuevo, que eternizarán la memoria de aquel piadoso Emperador. La iglesia del Pilar como resultado de una protección tan señalada recibió un impulso considerable en su fábrica por los años 318: se prolongó en una estension de cincuenta pies, con treinta de latitud: sobre basas de piedra blanca se levantaron dos órdenes de columnas de alabastro hermosamente labradas, y según el uso de aquellos tiempos: se tiraron arcos de sillería, y sobre ellos se construyó un techo de maderas con sus labores y figuras de mosaico. En prueba de este aumento y decoracion, que deparó á nuestro templo el célebre edicto de Constantino, se conserva en él su divisa, ó Lábaro, como una prueba inequívoca de tan venerable antigüedad.

En tal estado se conservó la fábrica por muchos siglos: pasaron generaciones y generaciones, se acabó el imperio de los romanos: se entronizaron los godos: sucumbieron despues estos: ocupó la morisma nuestro hermoso suelo: los acontecimientos humanos se sucedieron con una rapidez extraordinaria: mil cambios y vicisitudes en los gobiernos y en las costumbres fueron el resultado y la consecuencia necesaria de aquellos siglos: pero el Pilar de Zaragoza no vaciló, y en su derredor siempre humeó el incienso odorífero, resonaron los cánticos sagrados, sin que faltasen sacerdotes ni fieles, aun en las épocas de las mayores persecuciones y borrascas. En los cuatro siglos de la dominacion mahometana se conservó el culto y la asistencia de los fieles á este Santuario, pagando los tributos impuestos á los templos: la silla episcopal de Zaragoza se estableció en la Iglesia del Pilar durante todo el tiempo de la ocupacion de los moros, por haber estos destinado para mezquita la Iglesia de la Seo. Las privaciones en que se hallaron los fieles en aquellos siglos no les permitieron reparar el templo del Pilar, así es que se deterioró considerablemente en términos que, restaurada la ciudad por D. Alonso el batallador, este príncipe, magnánimo á la par de católico, dedicó sus primeros cuidados á la reparacion y adorno de aquel, proveyendole de todo lo necesario para el servicio. Todo esto consta por testimonio de D. Pedro Librana, Obispo entonces de Zaragoza.

Tambien resulta de otros documentos que por los años de 1291, fué necesario reedificar casi enteramente este templo venerable, por que amenazaban ruina sus paredes antiquísimas; siendo á la sazón Obispo D. Hugo de Mataplana. En el año 1451 se hizo otra obra tan suntuosa como indispensable en la santa capilla, construyendo una magnífica bóveda. En 1515, siendo Arzobispo de Zaragoza el Príncipe D. Alonso de Aragon, se edificó una suntuosa nave en la que brillaban todos los primores de la arquitectura y las mayores bellezas del arte: se levantó un altar mayor de alabastro de un mérito inapreciable, que es el que actualmente se conserva, mas el coro con su sillería, primero quizá en su mérito entre todos los de España: ademas se hizo un órgano preciosísimo, y tambien una grande sacristía. Esta Iglesia

se conservó hasta el año 1718, en que fué demolida para levantar la asombrosa Basilica, que hoy admiramos, monumento que solo pudo edificar una piedad tan acendiada como la de los zaragozanos y aragoneses, como prueba de su religiosa gratitud á su dulce protectora. De esta obra grandiosa nos ocuparemos en otro artículo. R. P.

\*\*\*\*\*

## TEATRO.

### NOCHE DEL 28 DE DICIEMBRE.

Emilia.

*Drama original en cinco actos por D. Ramon de Navarrete y Landa.*

El drama en nuestro concepto, si no ha representado siempre las creencias del poeta, ha participado mucho de la época en que se ha escrito, y aun la ha debido el ser, razon por la cual siempre han debido ambos parecerse. Verdad es, que á veces el profundo literato, el que haya estudiado la esencia de un drama, y haya sabido sobreponerse á todo el torrente de un pueblo, ha debido conocer que necesitaba emanciparse por un momento de cuanto le rodeara, que toda que retrogradar á la época de su obra, y deshechar cuantos recursos le prestasen las ideas nuevas de su tiempo. Pero ¿y qué fuera entonces del teatro? Para quién se escribe sino para el público, imposible de reducir á tan dócil elasticidad, y el cual rara vez mira atras, sino cuando sus intereses le invitan á hacerlo, ya para buscar un modelo, ya para encontrar un desahogo?

Era imposible tal sujecion; así es que aunque muchas veces se han elegido asuntos remotos, siempre se han vestido al uso moderno, verdadera traduccion de las acciones que se cantan, ó verdadero acomodamiento al siglo en que se canta.

Difícil fuera demarcar exáctamente la indole de este siglo, su tendencia constante, sus exigencias. Envuelto en revolucion, ansioso de libertad, rompiendo toda especie de cadenas y caminando espantosamente á la ilustracion, ha venido á ser el siglo del positivismo, no ya animado, en sus combates á muerte, por un ardor noble y caballeresco como el de hace cuatro siglos, si es por un instinto natural, cual el del leon que defiende sus cachorros, por un impulso que solo tiende á la conservacion de la vida, los intereses ó las creencias. Por eso y nos contraemos á nuestra España las artes de imaginacion han yacido en la servidumbre: los genios, cuyo mérito consistía en pintar otro mundo ideal, que ciertamente no habia de ser comprendido por el positivo y exigente, han tenido que amainar, y renunciar casi á sus inspiraciones. Nuestra espirante revolucion abrió campo á todo, pero reservándose para sí la iniciativa. El poeta tendió en derredor suyo la vista, y lo vió todo ocupado por la política, por las cuestiones vitales y de interes personal: quiso sondear el océano del pueblo (que hoy ya no se llama público, como dice Victor Hugo); pero halló que el gran peso del cálculo nunca llegaba á fijarse, nunca á tocar el fondo. Refugióse, pues, á

lo íntimo del corazón, y allí buscó sus recursos, por parecerle que había de ser comprendido. Las pasiones del hombre, sus extravíos, los efectos domésticos y de todos los tiempos, he aquí lo que buscó: juntó á esto algún recuerdo nacional, y, si de aquí salió, ya fué para esponerse á no ser entendido.

El Sr. Navarrete, autor de Emilia, ha concebido la grande idea de escribir un drama de costumbres, de imaginación y de sentimiento. Empresa era esta colosal por demas, máxime cuando el pueblo, á quien la dedicaba, era tan escéptico descontentadizo. El autor no obstante, lo ha arrostrado todo, y ha conseguido un triunfo en concepto de los inteligentes, pese al público de la Corte, que tomó la obra con frialdad, según nos anunciaron los periódicos. Daremos una breve idea del argumento.

Emilia era hija adoptiva de Clara, y el secreto del nacimiento de aquella solo debiera decirse al que pretendiera su mano, como lo hizo el conde de Marvan, quien amaba entrañablemente á Emilia, siendo por esta con candoroso ardor correspondido. Cruzase un D. Fernando, que por vil interés casó al fin con una vieja Marquesa, de las que siempre son jóvenes, y este tal induce á Luisa, amada del Marqués de S. Jacinto, á que desbanque á Emilia, conquistando al conde. Todavía conservaba este un amor puro á su presunta futura, pero por un compromiso se ve forzado á dar su coche á Luisa y aun á acompañarla, cabalmente á la sazón de aparecer en escena Emilia y el Marqués, no para impedir su mutuo agravio, si es para contemplarlo con desesperación. Hace el conde á Luisa la visita de etiqueta, y tales resortes pone aquella en juego para seducirlo, que consigue hacerle comer en su compañía, y aun él se propasa á remitir un billete á Emilia, diciéndole, que aquel día no puede ir á verla. No estaba ocioso el Marqués; así es que irritado contra su rival, y siempre fascinado por Luisa, desafía al conde, y lo vece abriéndole una herida, de la cual muere, después de casado con Emilia, y después de haber despreciado á la rival de esta, que en su frenesí llega hasta el lecho del moribundo joven, para verse dolorosamente desdenada. Frenética con esto, y después de una disputa, que nos parece mas prolija de lo necesario con Emilia, levanta el brazo para hierirla, á punto de salir el Marqués, quien la detiene, diciéndola «detente.....! ¡desdichada.....! ¡es tu hija!!» Lo era en efecto, habida de los amores íntimos de Luisa y el Marqués, quienes, por medio de un billete anónimo, la habían llevado á casa de Clara.

De intento no hemos querido hablar de Leoncio, hijo legítimo de Clara, y amante siempre de Emilia, aun cuando creia era su hermana, pero amante, de estos que guardan en el pecho su pasión, de estos que por no evaporarla deshaciéndose en lágrimas y apóstrofes, la conservan entera, desoladora, terrible. Hombrés que el mundo no sabe comprender, y que desprecia, porque no está á su nivel, verdadero tipo del aire reconcentrado, de la pasión ahogada, de la maldición que Dios ha lanzado sobre el hombre, cuando dijo:

Y habia el corazón pasiones,  
A cuyo impulso fatal  
Hermano robará á hermano  
Cuanto bien pudo alcanzar.

Decimos que de intento no hemos hablado de Leoncio, porque es personaje, que ninguna parte tiene en el desarrollo progresivo, ni en la constitu-

cion del drama. Es, si, una sombra, que á veces aparece, y que aunque sea siempre para dejarse ver y nada mas, revela gran talento en el poeta, que la ha pintado, y aterra al espectador con aquellos resortes, ocultos que ponen en tortura al corazón. Es figura en nuestro concepto, que, nuevo Cuasimodo, salva la deformidad exterior, deja entrever un cuadro mas interesante y colosal todavía, dado que se la colocase en primer término, y no amparada de las oscuras sombras del retrato. Tanto el personaje de Leoncio, como algunos otros del drama, que tampoco hemos mencionado en la ligera reseña del argumento, hubieran tenido cabida en una novela, como muy bien y antes que nosotros ha notado un célebre literato, cuya penetración envidiamos.

Pero era preciso nutrir el drama de incidentes y aun episodios, pues aunque amplio para novela, era para drama pequeño, como que en este tiene cabida solo lo que contribuye al desenlace de una trama bien urdida, bien continuada, y bien una. El público no puede vagar por los espacios imaginarios, como el poeta; no puede hacerse en cada escena un nuevo protagonista, para penetrar el porqué de todos los sucesos y aun expresiones; por esta razon en el drama ha de ser todo muy motivado y necesario.

Algunas improbabilidades hemos notado en Emilia, al menos tales nos lo han parecido. Vanamente nos repite el poeta, que el personaje que vamos á juzgar es un joven; cuya edad frisa en los 22 años: época la mas peligrosa y voluble de la vida especialmente cuando el candor se une á la juventud: inutilmente nos dá, en los recelos y precauciones de Clara, el trasunto de lo que después se esmera en hacernos creer. El que contempla con júbilo y como transportado á una sociedad de virtudes las excesivas muestras que de ardiente amor hácia Emilia dá el Conde, no puede persuadirse cómo en el segundo acto ha de ofrecer este su coche á otra mujer, á quien ha tratado solo unos momentos, y mas aun cómo ha de salir por medio de su amada con indefinible frialdad, dejándola en medio del desmayo, que el dolor y la absorcion la producen. Méenos creible es todavía la súbita mudanza ocurrida en el Conde, quien llega al estremo de dirigir un billete á su amada, diciéndola que no irá á verla hasta el siguiente día, si es que puede; siendo así que la dejó antes abismada en la amargura, y entregada á un desmayo. Y en tanto él se sienta á la mesa de una mujer casi desconocida y artificioosamente ataviada, brinda acaso á su feliz encuentro, y tal vez vierte de la copa las lágrimas que su conciencia ponía en ella, para colocar en su lugar el bósigo, que la ofrece la nueva amante, y para apurarlo hasta las heces; porque el drama nada dice, y la transición del tercero al cuarto acto, así como puede andarse en un solo paso, puede dar márgen á inmenso terreno de cavilaciones. Y toda esta mutacion en el ánimo del Conde ¿porqué? por haber tenido con la seductora Luisa una conversacion, en la cual ni nuestra ha dado de esa horrible daga, que ajita al corazón, cuando vá á dejar una cosa que le pareció muy buena, para dar lugar á otra, que le es aun desconocida. Verdad es que esas gradaciones, que hacen pasar al hombre con verosimilitud de una cosa á otra, y que de continuo se repiten en la vida humana necesitan esplayarse, motivarse mas; pero, reduciendolo todo al estrecho círculo de un drama, aun creemos que puede hacerse desaparecer en parte esa inverosimilitud. Dese mayor lucha, mas concisa longitud (aunque parezca paradoja) á la esce-

na, que cual potente palanca haya de mover el corazón del hombre, que aquí es donde se descubre el gran talento y el mágico poder del poeta, capaz de cambiar completamente la faz y resultados del drama.

La escena, que á la muerte del Conde sigue, es demasiado improbable á nuestro modo de entender. Esa disputa tan lójica entre Emilia y Luisa, acerca de la pertenencia del muerto Conde, es ajena del carácter, que las dos representan, al menos del de la primera, que en nada deja traslucir el intensísimo dolor que debia ocuparla, atendida la exquisita sensibilidad, con que el autor la ha enriquecido, creando en ella un ser orijinalmente bellissimo.

El lenguaje de la Emilia es correcto, y la obra escrita apasionada, sentimental y aun filosóficamente.

Con la imparcialidad de escritores públicos, aconsejamos al autor, que continúe arrojándose al palenque dramático, brillantemente abierto para él; puesto que con tan felices auspicios se ha lanzado á un género de no gran uso en España, y en que puede campear la imaginacion del poeta, y mucho mas la del que lo es tanto como el joven y aventajado autor de la Emilia Don Ramon de Navarrete y Landá. G. B.

### Menérete y verás.

*Placeres de la benevolencia.* Son aquéllos que gozamos con la consideracion de la felicidad de las personas que amamos, y pueden llamarse *placeres de simpatías ó de aficiones sociales.* Su fuerza es mas ó menos expansiva porque pueden encontrarse en un pequeño círculo, ó estenderse á la humanidad entera. Bentham- princip. de ley.

Muchas veces, al leer por la primera vez un libro en el cual se hace la esposicion de una teoría cualquiera, dudamos admitirla, no tanto por la novedad que encierra cuanto por la dificultad (que creemos insuperable) de practicarla. Y esto sucede mas si nose encontramos con nomenclaturas nuevas, las cuales tenemos necesidad de aprender para entender la ciencia: porque el trabajo carece entonces del interés que nos inspira el ideal realizable: al paso que si vemos que los resultados son fáciles de conseguir, y concebimos el cómo llegar á ellos, nos sirven entonces de poderoso estímulo. Desgraciadamente los españoles, y con especialidad los que no han cumplido cuarenta años, han vivido en una época en la cual se han amontonado los sucesos, como para probarnos la falta de sentido de muchas palabras: la juventud actual apenas ha tenido ocasion de considerar mas que desgraciados efectos de la enemistad; y por eso para ella pueden algunas de aquellas ser signos desprovistos de significado. Por una rareza del carácter español, ó tal vez porque tambien de este modo debia probarse su constancia, los ejemplos no han llegado á modificar nuestras inclinaciones, y así es que, si generosos eran nuestros mayores, generosos somos, aunque mas pobres; si valientes, valentía han probado nuestros guerreros; si corteses, cortesanía se ha usado; y si humanos y magnánimos, páginas mil contiene nuestra historia moderna en las cuales resplandecen aquellos dulces sentimientos. Debemos á pesar

de todo confesar que la duda ha penetrado en nuestros corazones; y como los casos eran contradictorios, se necesitaban muchos de estos para decidirnos á abrazar una opinion. Qué mucho, pues, que encontrándonos nosotros con las mencionadas líneas de Bentham, nos sorprendiera hace algunos años el significado que contienen? Lo primero que nos ocurrió fue pensar que el juriscónsul inglés daba mas bien en ellas una muestra de su genio analítico, presentando divisiones sospechadas, pero no determinadas antes de él, que no una señal de su afecto á ideas positivas y realizables. Por eso mismo tambien hicimos poco caso á la primera lectura, pues era inconcebible para nosotros, que llegáramos al mundo entre el estruendo y honores de la guerra civil, leer en los libros que los hombres gozaban cierta clase de placeres, inconciliables con lo que cada dia veíamos practicar. Sin embargo despues hemos examinado el sentido que contienen, y lo hemos hallado no solo verdadero y metódico á la teoría, sino confirmado á cada instante por la esperiencia.

Y en verdad que si disfrutamos mucho cuando nos encontramos con medios para satisfacer nuestros justos deseos, y cuando tenemos seguridad de que nadie nos los arrancará, todavia gozamos mas cuando los acompaña la consideracion de que nuestra felicidad se estende á otras personas. Entonces gozamos dos veces y como dos hombres distintos; gozamos por nosotros mismos, y nos llena de satisfaccion el gozo que otro experimenta, porque nos colocamos en su lugar. Ensanchemos el círculo de las personas á quienes vemos gozar, y nuestra satisfaccion será mayor; incluyamos en él á todos nuestros amigos, á los parientes, á los paisanos, á los compatriotas, y entonces ya no es el goze de la tierra el que inunda nuestras almas: es un éxtasis delicioso en el cual el contento no tiene fin, que nos embriaga, nos adormece y nos hace vivir en un mundo superior al de acá abajo, lleno de pasiones y sujeto á mil accidentes dolorosos. Y qué diremos si al paso satisfacemos una deuda, si la gratitud y el deber nos impelen á favorecer á las personas á quienes vemos gozar; si el bien que sienten se les hemos procurado nosotros? Entonces llenamos una obligacion sagrada; y para el que sabe el valor de estas palabras, hemos dicho todo lo que en materia de placer mental puede decirse.

Esto cabalmente ha debido suceder á los caballeros oficiales de la garnicion y socios del Liceo que con un desprendimiento que honra á Zaragoza se han prestado á disponer la funcion teatral del dia 31 del último mes. Eran los unos soldados españoles, eran los otros hijos de la ciudad sin pre heroica, y todos hermanos, porque la uniformidad de sentimientos y la cordialidad mas grata reinaba entre todos. Ellos vieron los unos á los que les habian mostrado la senda del honor, los otros á los defensores de la independencia de su patria: todos á los que les habian precedido en defender la libertad. «Por ellos somos libres» decian, y ya que de otro modo no podemos cumplir con nosotros mismos, procuremos al menos que su situacion sea algo menos argustiosa. Conocida es de todos la miseria que affige á las clases pasivas del ejército; los veteranos de Bailen y de San Marcial, los que empezaron á desplumar las alas de la águila imperial, se calentaban quemando coronas de laurel, conquistadas en sangrientos combates. Moviéronse pues á disponer una funcion con cuyo producto aliviassen los padecimientos de sus hermanos; y despues de observar enteramente todas las dificultades que á aficiona-

dos naturalmente deben oponerse, prepararon la mas lucida que en mucho tiempo verá el coliseo de Zaragoza. La lindisima comedia de Breton *Muérte y verdá, ejercicios gimnásticos por el Sr. Ratel*, y un *coro de la Semiramis*, cantado por la seccion de Música del Liceo nos entretuvieron deliciosamente en la noche del 31. Los aplausos del público han debido llenar de orgullo á cuantos guiados de un sentimiento tan noble, hicieron modesta ostension de sus talentos. Como amigos de muchos de ellos los felicitamos, como hijos de Zaragoza nos enorgullecimos de que esten con nosotros, como compatriotas nos deleita la idea de ver reunido tan afectuosamente al ejército con el pueblo. Nunca las muchas ligaduras debilitan la union; y nosotros queremos manifestar al mundo todo que al Sur de los pirineos no hay mas que una alma que anima del mismo modo á todos los españoles.

Y tanto mas nos complace este suceso, quanto que vemos en él una prueba de lo conveniente que es á quien quiere emprender una obra cualquiera el asociarse con otro, porque asi se vencen las dificultades, se quitan los estorbos y se hace mas eficaz la accion individual. Merced á este espíritu, que prodigiosamente cunde, cada dia admiramos nuevos adelantos; ¡quiera el cielo que nunca jamas se amortigue sino que por el contrario crezca al infinito! La union política nos hará respetables al exterior; la union intelectual nos ilustrará en el interior; y la nacion que es ilustrada al par que virtuosa largas páginas con sucesos prosperos ocupará en la historia del mundo.

## FLORESTA.

### Liceo artistico y Literario

En la sesion del primero de Enero han sido nombrados para los cargos de Director, Vice-Director, Tesorero, Contador y Secretario los SS. siguientes, cada uno en el órden en que van puestos.

- D. Luis del Corral, reelegido.
- D. Mariano Gil y Alcayde.
- D. Jose Padules.
- D. Ponciano Alberola.
- D. Juan Manuel Escartin.

—En la misma sesion se aprobó en todas sus partes la proposicion siguiente. «Pedimos á la junta que permita establecer una academia de Jurisprudencia

## LA AURORA.

*Periódico semanal de ciencias literatura y artes* que contiene en cada número dos pliegos regulares de impresion estrecha acompañados de un boletín de anuncios literarios. Sale todos los domingos al precio de 5 rs. mensuales para la Ciudad y 7 rs. para los demas puntos del reino, franco de porte. —Se suscribe en las administraciones de correos y en las principales librerías de las Capitales de provincia.—Los números sueltos se venden á 10 cuartos y á 2 rs. con el boletín.

La redaccion establecida en la Calle de Tosesca número 21 admite artículos composiciones de toda clase, con firma ó sin ella francos de porte.

—Los SS. suscritores; cuyas suscripciones acaban de espirar se servirán renovarlas con tiempo para no experimentar retraso en el recibimiento de los números.

en la cual podrán inscribirse gratuitamente los socios del Liceo, y pagando los que no lo sean la cantidad que se determinará. En su consecuencia los que acojan el pensamiento, pueden presentar al conserje del Liceo una papeleta, espresando su nombre y morada, á fin de pasarles los avisos oportunos, en el concepto de que la instalacion tendrá lugar el 29 del corriente en el salon de dicho establecimiento.

### Receta contra los dolores reumáticos.

Tómense dos dientes de ajo, y tres adarnes de goma amoniaco: mézclese y triturense, y háganse dos ó tres píldoras, que se tomarán, una por la noche y otra á la mañana siguiente.—Al propio tiempo se beberá una infusion sumamente cargada de sasafías, para lo cual se llena el vaso de astillas de este leño. —Con este remedio se curan los salvajes norteamericanos los mas inveterados y graves reumatismos, teniendo mucho cuidado de abrigarse; y no vemos razon para no aprovecharnos de él los que presumimos de gente social y civilizada.

### Medio para destruir facilmente la polilla y otros insectos que pican las pieles y plumas.

Entre las sustancias empleadas con este objeto, pocas hay ó ninguna de tanta eficacia como el agua-ras, ó aceite esencial de trementina. Se toman algunos pedacitos de pergamino muy delgado, de tripa seca pero que tenga consistencia, ó otra substancia análoga, y se forma una bolsita mas ó menos grande que se llena de agua-ras atando la boca con un pedazo de hilo encerado en disposicion de que no se salga. Estas bolsitas se cuegan en los armarios en que se hallen los objetos que se trata de preservar, y está probado el buen efecto.

### NOTA.

Habiéndonos manifestado muchos suscritores que les sería mas conveniente recibir de vez en cuando algun boletín de anuncios, en lugar de las cubiertas que hasta ahora habia llevado nuestro periódico, nos hemos creido en obligacion de acceder á sus deseos: el boletín de hoy puede mostrar que queremos darles gusto.

E. R.=U. Roquer.

Zaragoza.

Imprenta de Cristobal Juste.—1844.